

# **IMPERIALISMO - IMPERIO**

***A propósito de Atilio Borón: Crítica de una crítica.***

**Por Alberto S. E. Ascolani**

Docente de Institución y Sociedad

Difícil cometido éste de intentar enhebrar algunas ideas a partir de un mal encuentro. Un mal encuentro te quita tu potencia de ser, a diferencia de un buen encuentro que la promueve. Más aún cuando uno había leído con simpatía algunos artículos de periódicos, lo había escuchado y había leído materiales de un seminario sobre actualización en teoría política, de este prestigioso académico de las “ciencias sociales”. No había aprendido nada, pero se trataba de un buen encuentro con las ideas de alguien que postulaba cosas interesantes, aun cuando tenía la impresión de que se quedaba a mitad de camino en el pensamiento de la teoría y las estrategias políticas.

Anticipo que esto que escribo ahora también tiene que ver con un buen encuentro que fue para mí el recorrido del libro *Imperio*, a uno de cuyos autores, Negri, conocía apenas por referencias a su militancia, algunos aportes a la filosofía política y su colaboración con Félix Guattari en el libro *Los nuevos espacios de libertad*. Al otro autor, Hardt, no lo conocía. Ese buen encuentro no significó total adhesión, porque creo que hay muchos puntos que habría que discutir.

Pensando en eso me pregunté qué habría inducido a Borón a escribir ese inflamado panfleto con tramos que nos hacen difícil pensar que hayan surgido de una persona tan fina, Doctor de Harvard o de alguna de esas universidades del riñón del centro. Así, pensando al correr de estas ideas resentidas, se me ocurrió que esta furibunda respuesta no debía venir del amor a la confrontación de ideas puras, sino de alguien que ve cuestionado un lugar de prestigio en el campo académica y en ciertos sectores de la polític. En fin, me parece que es una respuesta de alguien que ve en peligro mantener la hegemonía de su quinta. Imagínense ustedes que un profesor y directivo de la Flacso, no se podía quedar tranquilo ante el entusiasmo de muchos estudiantes y aún docentes por el libro *Imperio* y por lo que éste puede traer como efectos a posteriori.

Mal encuentro como diría ese otro maldito llamado Spinoza. Mal encuentro que se produce cuando otro cuerpo se mezcla con el mío, destruye mi relación constituyente o tiende a destruir mis relaciones subordinadas. Destruye o inhibe y trae la tristeza a mi vida, hace surgir en mí pasiones tristes. Por ello se constituye en el mal. El mal es un mal encuentro.

Creo que eso le debe haber pasado a él, que se mueve en las cúspides, y me ha pasado a mí con él en esta circunstancia, porque yo me muevo en el llano, en medio de fragmentos de esa multitud que Atilio Borón no cree que exista. Desde estos llanos, poco comunicados queremos pensar y hacer, acordando con quienes tratan de legitimar las acciones singulares de la multitud, de sus deseos de vida, que quiere vencer las opresiones que sufrimos.

En fin, esto no se dirige a Atilio Borón, quien tiene posición tomada y no se va a poner a leer los muchos y complejos materiales que fundan ese otro pensamiento que sustentan los autores que critica. Me dirijo a los amigos y a aquellos que sí están dispuestos a trazar esas líneas de fuga para salir del pensamiento platónico, de lo uno, de las identidades y de las buenas y malas copias, para entrar, poblar, ese desierto donde va creciendo el pensamiento de las multitudes, de las diferencias, del simulacro, ya no como copia, sino como realidad en sí misma.

Quienes pensamos en estas resonancias creemos que no sería productivo caer en binarismos extremos, en el pensamiento maniqueo que afirma que todo el bien está en un lugar y todo el mal en otro.

El pensamiento que está a la base de postulaciones del libro *Imperio* tiene fundamentos sólidos y no puede desdeñarse cínicamente como lo hace Atilio Borón. Y el planteo de éste, aún desde un sociologismo y reduccionismo por momentos muy cerrado, tiene también aspectos rescatables, que van desde la preocupación descriptiva de diferentes coyunturas y procesos mundiales en el terreno de la economía y la política y son sustentados por intenciones loables que coinciden con los autores que él critica tan furiosamente.

Quizás la suma y no la resta fuese más productivo, aunque es difícil supongo desde el pensamiento tradicional que encarna creo Atilio Borón en sus bases filosóficas e ideológicas, atrapado en el platonismo de siempre, aún cuando aparezca cubierto con una pátina a recurre tanto a Marx, como al pensamiento socialista, matizado me parece con mucho liberalismo.

Esto también puede leerse como muy crítico pero me consuela la idea de que estas palabras iniciales quedan muy cortas ante la andanada de caracterizaciones tan descalificadoras que ha proferido en el transcurso de todo su "libraquín" (fue el mejor término que se me ocurrió para condensar "librito", como él mismo lo llamó, y "pasquín", como se me aparece)

Pero en fin, veamos un poco de analizar algunos elementos que pueden colaborar a pensar en este texto (*Imperialismo Imperio* de Borón) y en el que se hace referencia (*Imperio* de Negri y Hardt).

En primer lugar me encontré con algo que ya maliciaba: en la bibliografía no se encuentra **ningún** libro ni otro material referido a los autores en quienes Negri y Hardt basan buena parte de su análisis. No me sorprendió demasiado, pero se me hace difícil pensar como puede hacerse un análisis de este tipo sin conocer las bases filosóficas y conceptuales de lo que se critica. Y esto no puede pasar desapercibido porque los autores de referencia dicen explícitamente cuales son esas bases.

No sé bien como puede hacerse, pero se vé en el efecto. No es infrecuente encontramos en polémicas en las que, cuando uno de los oponentes no tiene argumentos suficientes, emprende con el cinismo y la distribo. Y a menudo tiene su éxito, porque se sale de un malentender de lo que se trata, para producir un malentendido que lo favorece, contando con que los interlocutores caigan en la trampa.

La única referencia que encontré, y que parte de una apreciación general sobre la posición filosófica de los autores que creo incorrecta y menciona al boleo varios otros autores, algunos de los cuales tienen que ver y otros se posicionan con diferencias marcadas y en algunos casos claramente criticadas por los autores que Negri y Hardt toman como referencia. Ejemplos: Lacan, Badiou, Balibar y Rancière.

No menos incorrectas son sus caracterizaciones acerca de la "aceptación ingenua de los axiomas del consenso neoliberal y del posmodernismo. Al respecto es clara la posición de estos y otros autores en la necesidad de discriminar el posmodernismo como descripción de lo que "vino después", y de lo que pudo postularse como "filosofía". Acá no se toma posmodernismo como una filosofía sino como un estado de ánimo de una época, que es muy diferente.

Incorrecta es también la referencia a las "confusas herencias del estructuralismo y su visceral rechazo del sujeto". ¿Qué querrá decir Atilio Borón con "sujeto", el sujeto platónico, hegeliano, el de la conciencia, el cartesiano? Porque estas concepciones que critica, efectivamente no se ubican en esos planos, pero tampoco en el que postula el estructuralismo.

Esto se podría entender si vemos que los filósofos nombrados en el texto son Platón y Hobbes, este último bien caracterizado por Negri y Hardt como “teólogo-político”. Y a propósito de ello, Borón se escandaliza por la referencia final a San Francisco, pero yo no conozco (quizás la haya) referencia alguna de Borón a las 300 páginas de “análisis” de la Biblia, de las 600 del *Leviatán*, que hace Hobbes, verdadero “pope” o ¿papa? de la ciencia política. Por otro lado, lectura dogmática y reaccionaria si las hay.

Este y otros párrafos como así también una entrevista a Hardt, dan pie a Borón para denostar el sentido poético que tienen algunas apreciaciones. Pero claro, sería quizás demasiado pedir que haya leído esos despreciables engendros de la “filosofía francesa” como reiteradamente la llama, como pueden ser *¿Qué es la filosofía?* o *El nuevo paradigma estético*, donde se hacen algunas consideraciones interesantes sobre la relación entre filosofía, ciencia y arte. Textos donde se puede pensar algo pertinente a este caso como es el problema de la producción de conocimientos y de la verdad.

Quizás ello ayudara a Atilio Borón a salir de su confusión respecto de su pensamiento sobre la filosofía. En realidad su acusación es de que son planteos metafísicos, que sin duda vienen de la incapacidad de discriminar qué planteos son metafísicos, por ejemplo los que menciona como mentores, Platón, Hobbes, Hegel, y aquellos que en realidad son propuestas antimetafísicas, como las que se hallan a la base de los autores que critica.

Porque la verdad no está dada. Esta se produce a partir del descubrimiento de una problemática y de los problemas que nos permite formularnos en función de la articulación entre realidad y conceptos que podemos utilizar. En este sentido, si yo dijera que quiero analizar esta problemática de imperialismo-imperio desde el psicoanálisis o desde la teoría del caos y alguien me escucha, podría criticarme si alguna idea tiene de qué tratan el psicoanálisis y la teoría del caos. De otra manera se asentará sobre un monumental malentendido en tanto su crítica desde otro lugar, como en este caso desde la sociología política, producirá algo, pero sin poder llenar los agujeros que tendrá su reflexión en tanto una parte está negada.

Esto se ve claramente en el texto de Atilio Borón. En cuanto a nociones y conceptos utilizados en el libro *Imperio*, que vienen de bases filosóficas y de otros aportes en las ciencias sociales, más allá de los planteos casi siempre descriptivos y anclados en otras bases filosóficas de otros autores en el terreno de la “ciencia política” que Borón toma, nada, absolutamente nada se dice. Curioso, muy curioso.

En *Imperio* se habla de territorialización y desterritorialización, de líneas de fuga, de multiplicidad, de inmanencia (que es necesario articular con los planos de consistencia y de organización), de subjetividades nómades (que habría que pensar en relación con la compleja estructura de los mundos nómades y su resistencia a la constitución de los Estados), de agenciamientos (o disposiciones, según las traducciones), de procesos de subjetivación y enunciación, de sujetos (en tanto sujetos colectivos), de sujetos maquínicos (a diferencia de mecanizados), de procesos moleculares y molares, de espacios lisos y estriados, de líneas duras y blandas, de cuerpos y relaciones entre los cuerpos (que no son sólo cuerpos biológicos sino muchos otros), de deseo, de potencia de ser, de voluntad, de retorno, de repetición y diferencia en el orden de la historia social, de producción, de relación entre potencia, virtual y real, de comunicabilidad e incomunicabilidad, de frontera y de salto, de diagrama, rizoma, de centro y periferia (que no pueden entenderse sin los conceptos anteriores), de devenir, de devenir revolucionario. En ese devenir cabe hablar de ciertos devenires, devenir mujer, devenir negro, devenir judío, devenir invisible que pueden pensarse respecto de ciertos fenómenos nucleares de nuestro tiempo.

Seguramente hay otros más. Para apuntar sólo algo interesante dado que está muy connotado y que puede marcar otro malentendido, es la referencia al término “revolución”,

que según Borón mencionan muy pocas veces (creo que cinco). Precisamente hay más de un texto de los que toman referencias Negri y Hardt en los que se habla de la diferencia entre “revolución” y “devenir revolucionario”. Y lo que se plantea es precisamente que es difícil hablar de revolución sin caer en una abstracción totalizante en la que por otra parte cayeron tantos en la izquierda cuando pensaron la revolución como una especie de frontera homogénea que avanzaba, destruía y reemplazaba a las estructuras prerevolucionarias.

De lo que se trataría entonces es, no de pensar LA revolución y transmitir ese pensamiento desde el lugar de la vanguardia iluminada, sino del devenir revolucionario que aparece encarnado en todas las acciones que emprende la multitud. Multitud no como masa homogénea, sino como compuesto de multiplicidades irreductibles. En ese sentido, el devenir revolucionario aparece en las grandes y en las pequeñas acciones de los sujetos, comunicadas o incomunicadas a lo largo y a lo ancho del mundo. Ese devenir surge en cada punto de lo que brota de un fondo que hace retornar siempre la potencia, el deseo, el hacer de esa multitud. Seguramente Borón se sorprendería si escuchara a la gente de pequeños grupos, mujeres de las villas, cartoneros y muchos otros, analizar con muchas de estas categorías y en una coincidencia asombrosa con las formulaciones conceptuales de muchos autores reconocidos. Quizás sean fenómenos un poco misteriosos, pero yo le aseguro que muchos de esos grupos de excluidos, sin computadoras ni teléfonos, como gusta insistir Atilio Borón, piensan y accionan en función de ideas que coinciden a veces punto por punto con los de aquellos que se hallan totalmente comunicados y que acceden al pensamiento académico e incluso de autores reconocidos, como dije.

Porque el problema no es si la gente tiene o no computadora, si se exilia para dejar de tener hambre, sino de las posiciones que tomen y como signifiquen sus vidas. O Atilio Borón no recuerda a tantos inmigrantes italianos, españoles y otros que en Argentina produjeron una promoción del pensamiento político y produjeron también elementos luminosos de cultura a través de multitud de periódicos y revistas y otros medios.

Estas nociones y conceptos son fuertes en sí mismos y en el texto. ¿Entonces, qué extraña operación de represión o de repudio se ha dado en la crítica de Borón? (digo represión o repudio –preclusión- en sentido del psicoanálisis).

Por otro lado es significativo también que tome por ejemplo un trabajo de Perry Anderson donde analiza la coyuntura de los años 20 y no aquellos donde este autor se acerca a esos otros planteos tan denostados. Me refieren por ejemplo a *Tras las huellas del materialismo histórico*, en el que se critica la “miseria de la estrategia” en marxistas que siguen pensando en la clase obrera como sujeto único de la historia, cuando han aparecido otros que necesariamente deberían ser incluidos en el pensamiento de una estrategia futura. Aunque en rigor de verdad, esos sujetos no esperaron a que los intelectuales los incluyeran sino que se han incluido de hecho a partir de acciones que hace imposible negar su presencia.

Tengo la impresión de que esa “miseria de la estrategia” campea las formulaciones de autores como Borón, que plantean cuestiones consistentes en algunos aspectos pero que su cerrado objetivismo sociológico y político, los ciega a otros factores que no se pueden desconocer.

En este sentido su prédica sobre el supuesto desconocimiento de factores económicos, que una lectura mínimamente avisada del texto niega, y en el claro malentendido el análisis de las referencia a “centro y periferia”.

A esto se refiere una larga historia de análisis críticos y planteos operativos de sectores de la política, de la pedagogía, de la psicoterapia, del análisis institucional, desde fines de los cincuenta tanto en Europa como en Latinoamérica y en Argentina.

Estos se refieren, entre muchas otras cosas, a las concepciones de la relación entre infraestructura y superestructura, sobre todo en interpretaciones marxistas y a la propuesta de pensar otras relaciones en las cuales las determinaciones son otras. Más complejas y en las cuales, la producción de ideas, de cultura, de subjetividades adquieren un papel fundamental.

Esas producciones, que podrían incluirse en el concepto de dispositivos o mejor de agenciamientos colectivos de enunciación, expresan capacidades de análisis y de introducción de innovaciones, en casos verdaderamente revolucionarias, en el plano de la cultura, de las relaciones sociales e incluso de la economía, como también lo señalan los autores de *Imperio*.

En estos planteos aparecen también reflexiones sobre la constitución diagramático-*rizomática* de la realidad social, del poder en esa trama y de cómo la relación centro-periferia debe ser pensada en otra perspectiva.

Borón dice en su texto que no entiende los planteos de los autores que critica. Y creo que es así, que no lo entiende, aunque no sea una cuestión inentendible si se poseen las herramientas para hacerlo.

Atilio Borón tituló el capítulo 6 “El misterio irresuelto de la multitud”. Seguramente seguirá siendo un misterio si no se baja de su Olimpo sociologista-objetivista, pero en fin...

Comienza con algo que ya mencioné, en sentido que la respuesta no sería la “revolución”, mencionada cinco veces. ¿Es que la presencia de una idea depende de la cantidad? ¿Según Atilio Borón, cuántas veces serían necesaria para que se suponga que el autor las propone, diez, veinte veces? Parecería que no se trata de eso.

Luego critica las ideas de movilidad y de republicanismo. La movilidad se refiere a una condición importante para la estrategia, como se verá y el republicanismo tiene que ver con el espíritu que es necesario sostener para reemplazar a la estructura hegemónica de los Estados caracterizados por la identificación con los poderes económicos y esencialmente explotador y expoliador. Si quiere un ejemplo que piense en Argentina.

Tampoco parece muy consistente su crítica a los planteos de que el Imperio necesita de la construcción de estructuras jurídicas que lo legitimen. Porque una cosa es la estructura jurídica como necesaria y otra es el hecho de que se la respete o no. En ese caso podríamos decir para qué queremos la constitución si el artículo 14 no se respeta.. Por otro lado por qué seguirán los poderes económico-financieros promoviendo los encuentros en los que se quiere establecer una constitución internacional que avale el libre flujo del comercio a pesar de la cerrada oposición que les están oponiendo los movimientos anticapitalistas.

Respecto a la referencia descalificadora a una noción poética, dice que es una “noción vacía, sociológicamente hablando”. Esto es interesante porque es uno de los tramos en que descubre claramente su sociologismo objetivista en el que Atilio Borón se halla capturado, claramente mecanicista y reduccionista por otro lado.

Luego, la afirmación que esto haría desaparecer la realidad de las clases, viene sólo de esa lectura negativista del texto porque si de ello deduce que “evapora la distinción entre explotadores y explotados, entre débiles y poderosos”, me produce cierta angustia, de si no se le habrá producido una interceptación del pensamiento que es un proceso psíquico preocupante, porque es evidente que en todo el libro *Imperio*, esa realidad de la explotación es un eje fundamental. A renglón seguido dice que “pondría en aprietos la tesis que plantea el carácter alienante del trabajo y de la vida cotidiana en las sociedades capitalistas”. ¿Quién puede pensar que la alienación es absoluta? ¿Las luchas sociales de siempre qué significaron sino que aún en las mayores alienaciones, el deseo y la potencia de ser y de liberación siempre estuvieron ahí? Si los obreros superaron la

alienación a través de la lucha, ¿por qué la acción de la multitud pondría en aprietos a otras acciones?

Y la táctica de querer asimilar a represores y reprimidos en la idea de multitud es francamente grosera, sino puramente chicanera. Aunque de todos modos es algo a considerar que está apuntado en el texto denostado por Atilio Borón y que seguramente él no ha leído. En el libro *Imperio* se hace referencia a W.Reich y sus reflexiones sobre el deseo de las masas del nazismo. Efectivamente, es algo para pensar y supongo que lamentablemente es algo que está más allá de las posibilidades de un cerebro sociologista-objetivista-mecanicista-reduccionista.

Pero de lo que se trata principalmente en el libro citado y ello está desplegado extensamente a través del análisis de diferentes épocas de la historia es de los deseos y producciones de sujetos no capturados o no inhibidos totalmente por los aparatos de captura del Estado.

Luego critica al supuesto “internacionalismo abstracto” y a renglón seguido lo reivindica.

Y es significativo que acuse a Toni y Hardt de reformistas y luego plantee que la ciudadanía siempre ha significado un conjunto de derechos y prerrogativas (la mayoría hoy perdidos) así como “la creación de canales **adecuados** de participación política”, que “deben concretarse dentro de un marco legal e institucional que, en la historia contemporánea, fue provisto por el estado-nación”.

Creo que esto desnuda el pensamiento realmente reformista, de Atilio Borón, porque el cambio social no puede venir sólo de allí.

Dice eso a pesar de que admite que el estado ha desertado de sus indelegables responsabilidades. Además cabe preguntarse cuando se hizo cargo realmente, cuando esa estructura fue fundada desde el riñón de los aparatos de poder burgueses o como quiera llamarlo. Además, ¿el estado de irreversible perversión actual no tiene que ver con eso?

Eso es lo que entiende esa multitud de gente que está trabajando para cambiar esas estructuras y lo hace por fuera de los “canales adecuados” que postula Atilio Borón y lo hará también adentro si ello conviene. Por eso, tan ilustrado académico debe saber que nada muere del todo, y eso se ve en esa estructura del estado que él quiere rescatar, en tanto en ella se hallan instaladas figuras del antiguo régimen, impregnadas del pensamiento teológico, como son las investiduras y los fueros. Esperemos que lo que sobreviva de lo actual sea menos regresivo.

En fin, el trabajo de Atilio Borón aparece como hecho en el apuro por contestar a quienes creo que hacen peligrar a sus seguridades teórico-académicas. Impresiona como una lectura muy sesgada y superficial que desconoce tramos importantes del texto que critica.

Su lectura me ha resultado sumamente fatigosa por la gran cantidad de vaguedades, ambigüedades y contradicciones que plantea, siendo además que no plantea alternativas, salvo la de ser educados y seguir las canales “adecuados”, marcados por una constitución hecha por sus propios enemigos y mediante herramientas, como son los partidos políticos, que todos sentimos que están irremediabilmente corrompidos. Quizás plantee otra cosa, en ese caso debería ser más claro.

Si bien no se puede negar su versación en cuestiones históricas sobre economía y política y algunas de sus evaluaciones sobre el mundo actual (con algunas de ellas coincidimos), creo que lo esencial de sus errores en el análisis devienen de su desconocimiento, que es mucho más que su ignorancia, de las bases conceptuales que Negri y Hardt utilizan. Esto sólo hace a su planteo ilevantable.

Sin embargo, creo que restan posibilidades de análisis en ambos textos, por ello he propuesto el debate y lo reitero con este pequeño escrito.

En realidad, haberlo centrado en el texto de Borón me ha implicado una cierta violencia, porque mis ganas apuntan a salir de esta pasión triste que me ha suscitado este mal encuentro, y seguir con el análisis del libro Imperio y otras producciones de sus autores. Creo que me ha vencido un antiguo vicio del placer de la polémica que no sé si es lo más conducente. De todos modos sobre el libro de Borón, he tomado nota y ahí quedará porque lamentablemente me ha aportado muy poco.

Por otro lado es la sensación que me dejaron discursos de muchos teóricos de la política (designados con el horrible nombre de “politólogos”) me impresionaron como letanías solemnes y repetitivas, más o menos lo que ocurre en un campo más frecuentado por mí en otro tiempo como lo es la solemnidad de los psicoanalistas, que en general siguen sometidos a la lectura de textos ya convertidos en sagrados y han llegado a aburrirnos mortalmente.

Por ello, escritos como el de Negri y Hardt son como un hálito de aire que puede hacernos salir de esas pasiones tristes que generan esos poderes económico-político-sociales y algunos poderosos iluminados de la academia. Aire que nos penetra, nos afecta y hacen surgir pasiones alegres que son la energía para la acción. En nuestro caso, esperamos que siga siendo con filosofía, con ciencia y con poesía.

Rosario, junio de 2002.